

# ANTROPOLOGIA DE LA POBREZA

(Un libro de Oscar Lewis)

JOSÉ EMILIO GONZÁLEZ

## *Algunas observaciones metodológicas*

CUANDO el libro de Oscar Lewis, *Five Families (Mexican Case Studies in the Culture of Poverty)* salió a la luz en 1959 en los Estados Unidos llamó inmediatamente la atención de los estudiosos de las ciencias sociales y ganó justa fama, pues, además de ofrecer un impresionante conjunto, recurría a la presentación "directa" de cuadros de la vida humana. El reconocimiento rebasó las fronteras norteamericanas y, ahora, el Fondo de Cultura Económica —la editorial más importante de Hispanoamérica— acaba de publicarlo en español con el título de *Antropología de la pobreza: cinco familias* (traducción de Emma Sánchez Ramírez, México, 1961).

No he podido ver el texto en inglés, pero como señala Lewis en su "Prefacio a la edición en español", se trata de mucho más que una mera traducción. Lewis declara: "En realidad puede decirse que es la versión original, ya que la anterior fue una traducción de mis notas escritas en español y de los datos grabados en cinta magnética". Para esta redacción en nuestro idioma se utilizaron las transcripciones taquigráficas y las grabaciones directas de las últimas cuatro familias: Gómez, Gutiérrez, Sánchez y Castro. En esta versión tenemos, pues, la ventaja de disfrutar de todo el sabor y la riqueza expresiva del habla de las clases económicamente inferiores de México. Casi podemos ver a los miembros de esas familias desarrollando sus actividades ante nuestros ojos. A esto agréguese que la traducción de Emma Sánchez Ramírez llega a conseguir calidad literaria. Tenemos ante nosotros cinco documentos de primordial interés humano.

Como dice Lewis en el susodicho "Prefacio": "Este libro ha sido escrito en el espíritu científico de la antropología que es, en su naturaleza intrínseca, el espejo del hombre". Oliver La Farge, en su "Pró-

logo", lo califica de "reportazgo etnológico". Desde luego que la antropología no puede limitarse a ser una réplica o reproducción del hecho humano. Como ciencia, no puede renunciar al ideal de racionalidad. Como arte, no puede eludir la necesidad de llegar a la comprensión. *Cinco familias* es una cantera de información recogida por Lewis. Este ha aceptado, en general, los datos tal como se presentan funcionando dentro de cada unidad estructural: la familia. Pero el antropólogo no puede hurtar el rostro a la tarea de interpretar esos datos, de pensar sobre ellos, para arrancar verdades sobre la condición humana.

En su introducción al libro, titulado, *La escena*, Lewis justifica su estudio con las siguientes razones: "Tradicionalmente los antropólogos han sido estudiantes y voceros de los grupos primitivos y analfabetos que viven en las remotas orillas del mundo y quienes tienen una influencia pequeña sobre nuestra civilización. Es una ironía que muchos americanos, gracias a los antropólogos, conozcan más acerca de la cultura de alguna tribu aislada de Nueva Guinea con una población total de 500 almas, que acerca del modo de vida de millones de pobladores de la India o de México y de otras naciones subdesarrolladas destinadas a jugar un papel decisivo en la escena internacional". El propósito de Lewis ha sido "contribuir a la comprensión de la cultura de la pobreza en el México contemporáneo y, en tanto que los pobres de todo el mundo tienen algo en común, a la comprensión de la vida de la clase baja en general". Puede que México esté destinado a desempeñar un "papel decisivo" en la vida internacional; no puedo asegurarlo, pero me parece que el libro de Lewis viene a llenar una laguna importante. Viene a remediar la carencia de información sobre la existencia de las masas pobres en el mundo civilizado. Lewis no implica que el estudio de pequeños grupos primitivos esté exento de méritos. Pero juzgo muy válido su énfasis sobre la relación vital entre la antropología y los problemas de la sociedad contemporánea. Sugiere que la antropología puede ayudarnos a iluminar aspectos fundamentales de esos problemas.

"En este libro he intentado brindar al lector un cuadro íntimo y objetivo de la vida diaria de cinco familias mexicanas, cuatro de las cuales pertenecen al sector de ingresos económicos más ínfimo". Con estas palabras, inicia el autor "La escena". El criterio de "intimidad", a la luz de los resultados, incluye aquí no sólo la vida privadas, puertas adentro del hogar, sino también ideas que corrientemente no se expresan, pensamientos *in petto*. El criterio de objetividad se liga al concepto de reproducción realista de lo que ocurre, descripción de situaciones y transcripción de lo que se dice (cita textual). Siempre fun-

ciona cierta selectividad, guiada por el criterio de lo significativo. "Estos casos de estudio dan una visión al estilo cámara fotográfica de los movimientos, conversaciones e interacciones que sucedieron en cada familia durante un día", agrega el autor. Pero es imposible olvidar que el lente de la cámara es enfocado por una persona; que lo que "ve" la cámara es lo que ve el ojo humano del fotógrafo. Así lo reconoce, en parte, Lewis cuando advierte: "Alguna selección de estos datos tuvo que hacerse para evitar la repetición y los hechos insignificantes, pero aproximadamente el noventa por ciento de lo recabado se ha mantenido". Con estas cautelas hay que acoger al "cuadro viviente", que es más bien estación de partida que terminal de llegada para la antropología. Este método es muy superior a la antigua acumulación de datos procedentes de diversas sociedades en distintos niveles y tiempos. Pero corre el peligro de todo realismo, de caer en lo superficial y desrealizar la realidad.

La necesidad de selección se hace evidente también cuando Lewis escoge un ángulo especial: la pobreza. Considera que ésta "viene a ser el factor dinámico que afecta la participación en la esfera de la cultura nacional creando una subcultura por sí misma. Uno puede hablar de la cultura de la pobreza, ya que tiene sus propias modalidades y consecuencias distintivas sociales y psicológicas entre sus miembros" (pág. 17). Y agrega: "Me parece que la cultura de la pobreza rebasa los límites de lo regional, de lo rural y urbano, y aun de lo nacional". Encuentra semejanzas en las clases pobres de, por ejemplo, Londres, Puerto Rico, México y los Estados Unidos (negros del Sur). Cierzo que la pobreza es un denominador común de todos esos grupos y que, siendo la naturaleza humana lo que es, surte efectos similares en ellos. Lo que ya no es tan claro es si la pobreza constituye un elemento unívocamente determinante, si provee un "ambiente" o situación continua generalmente determinante, o si hay que tomarla como un componente (todo lo importante que se quiera) pero solamente uno en una situación o proceso total. Creo que *Cinco familias* demuestra que esta condición económica —la pobreza— no es unívocamente causativa. Más bien hay que tomarla juntamente con otros factores como tradición, sexo, desarrollo tecnológico, nivel cultural, educación, etc., para entender su rol cabalmente. Una descripción "íntima y objetiva" a base de la pobreza pondría el acento sobre las salientes económicas, algo que por suerte no ocurre en este libro.

El grupo elegido es la familia que por su coherencia interior (por lo menos, en su modelo absoluto) ofrece contornos definidos, fáciles de captar. La familia es el centro de referencia constante. Hallamos los dos tipos, a saber: (a) la familia primaria (pareja biológica e hi-

jos), ej., Castro, y, (b) la extensa, que incluye a la primaria más sobrinos, nietos, primos, parientes, etc., ej., Gutiérrez. Dentro de ese marco, se destacan los miembros con más o menos relieve; cada uno con su propia individualidad. Como la vida de la familia se despliega principalmente en el hogar la cámara fotográfica, para usar la analogía de Lewis, está instalada en la casa. Esta selección de local tiene como efecto dar más importancia a lo que hacen los miembros femeninos, sobre todo, la esposa y madre. Los varones, especialmente los adultos, suelen estar fuera en el trabajo y en la calle. Sabemos de ellos cuando entran en el campo de visión de la cámara, por lo que dicen las mujeres y los hijos sobre ellos y por el fondo biográfico que Lewis provee. Creo que el papel del varón queda atenuado.

La unidad de tiempo seleccionada es el día: de 12 a 14 horas de actividad. "El día" —dice Lewis— "ordena universalmente la vida familiar; es una unidad de tiempo suficientemente pequeña que permite el estudio intensivo e ininterrumpido por el método de la observación directa y encaja en forma ideal en las comparaciones reguladas. Hace posible un análisis cuantitativo de casi cualquier aspecto de la vida familiar" (pág. 19). En el libro, el día queda aislado como totalidad, separado de la corriente del tiempo histórico, donde se halla realmente inmerso y donde el cambio es constante. Esta categoría da mejores resultados en una sociedad primitiva o campesina (como la del pueblo Azteca) donde la vida adquiere un carácter cíclico, que en las grandes ciudades donde los cambios suelen ser más frecuentes y rápidos.

Se omite casi por completo información de lo que ocurre por la noche, tan importante para el conocimiento de la vida sexual. Mas sí se considera que cuatro de estas familias viven en reducidísimos espacios, con padres, hermanos y hermanas durmiendo en un estrecho cuarto y hasta en el mismo lecho. Muy poco se dice sobre sueños, pesadillas, fantasías nocturnas, tan valiosas como claves a la vida anímica.

En lo que sigue trato de establecer algunas correlaciones. Los juicios que emito, todos fundados en el material que provee el libro —deliberadamente he excluido las referencias a páginas para no hacer cargos a la lectura de este artículo—, deben ser aceptados con muchas precauciones. Serían, tal vez, válidos para las familias señaladas. Cometería un grave error quien creyera que todas las familias mexicanas viven como los Martínez, los Gómez, los Gutiérrez, los Sánchez y los Castro.

*Miseria y riqueza*

La familia Martínez vive en el pueblo Azteca, al sur de ciudad de México, en una región agrícola. Hay tierras comunales. La familia está compuesta por Pedro Martínez y su esposa Esperanza, con sus hijos Conchita, la mayor (que vive aparte con su esposo Juan), Felipe —el mayor de los varones—, Martín, Macrina (17 años de edad), Ricardo y Moisés. También vive con ellos Germán, el primer hijo de Conchita. Pedro y Esperanza tuvieron doce hijos, de los cuales murieron seis. La casa en que viven “de teja roja, como todas las de San José, el más pobre de los ocho barrios, constaba de un cuarto sin ventanas, además de una endeble cocina de carrizos”. Es una vivienda hecha de adobe. Pedro viste “camisa sucia y parchada cortada en casa y calzón blanco”. Los hijos mayores visten igual que él. Calzan huaraches. Los menores “llevaban camisas y calzones blancos hechos en casa y siempre iban descalzos”. A Pedro se le iba todo el tiempo en “obtener dinero suficiente para ropa y comida”.

La familia Gómez vive en un inmenso edificio llamado La Casa Grande, entre las calles de Barberos y Tintoreros, cerca del barrio de Tepito, en ciudad de México. Proceden del pueblo Azteca. Está integrada por Agustín Gómez y su esposa Rosa Hernández, con sus hijos Alberto, el mayor, de veinte años de edad, Héctor, Ester, de catorce años y el menor, Juanito, de seis años. Hubo otra hija Conchita, que murió en un accidente. Habitan el cuarto número 60:

“El número 60, hogar de un solo cuarto de la familia Gómez, era el último en la gran hilera del tercer patio. La cerradura de la estropeada puerta estaba rota, y por la noche se mantenía cerrada atrancada por dentro con la escalera... Rosa no creía en cerraduras, porque, según decía, ‘eran una invitación a los ladrones’.

“Dentro del oscuro cuarto sin ventanas, atestado de muebles, una fría mañana de enero la familia Gómez dormía, amontonada bajo delgadas cobijas. Invadían el cuarto los acres olores del sudor, de pies sin lavar, de cuero de zapatos, de frituras y de comida”.

Agustín trabaja de chofer de autobús público. De los 600 pesos que gana mensualmente, sólo da 180 a Rosa para los gastos. Ester tiene un solo uniforme para la escuela. En esta familia, la cuestión del robo y los rateros tiene cierta importancia.

La familia Gutiérrez vive en una vecindad de la Calle de los Panaderos número 33, en ciudad de México. Está compuesta por Guillermo Gutiérrez y su esposa Julia Rojas, con sus hijos respectivos. Gui-

lermo tuvo en su primera mujer, Esmeralda, tres hijos: Lola, de 14 años de edad, María, de once, y Herminio, de nueve. Ahora viven con él. Julia tuvo doce hijos con sus maridos anteriores. Yolanda, la mayor, está casada, y tiene en orden de edad a Catalina, Galván, Emma y Tomás. Maclovio, otro hijo de Julia, está casado con Panchita. Aunque estos dos hijos tienen su propio hogar, prácticamente viven con Julia, sobre todo, Yolanda. Además, hay que contar con Rufelia, la madre de Julia, que depende de ésta, y con Inés, hermana de Julia, casada con Alfredo. He aquí parte del ambiente:

"Toscas losas formando veredas evitaban el lodo y conducían hacia la calle. Por doquier había tinas de ropa con sus bocas hacia arriba o a un lado, como grandes ruedas; cubetas, banquitos, bacinicas y multitud de artículos secándose al sol. Bajo la sombra, apiñados en confusión, toda clase de inmundicias: láminas, fleje, rollos de alambre, clavos, herramientas y mil cosas más. Colgando de las paredes o en tablas destartaladas, crecían plantas en macetas y latas de todos tipos y tamaños. Algunas familias colgaban de las puertas jaulas con pájaros; un inquilino tenía pichones; otro, pollos; y casi todos, un perro o un gato. Amaban a los animales y los necesitaban como protección contra ratas y ladrones".

Julia sostiene el hogar vendiendo toallas ilegalmente por la calle. Guillermo no quiere emplearse regularmente y se pasa inventando "negocios", casi siempre con bienes robados. Explota económicamente a Julia. Lola tiene sólo cinco vestidos que siempre debe estar lavando y planchando. Yolanda y Maclovio dependen de Julia para alimentarse ellos y sus hijos.

La familia Sánchez es aún más complicada que la Gutiérrez, pues Jesús, el marido, sostiene tres hogares: el de Lupe, el de Dalila, su mujer más joven, y el de Marta, su hija. La primera mujer de Jesús se llamó Leonor y en ella tuvo a Manuel, Roberto, Consuelo y Marta. A esta última, el marido la abandonó con tres niñas. Cuando Jesús sospechó de la fidelidad de Leonor, empezó sus relaciones con Lupe, quien salió encinta de Antonia. La segunda esposa de Jesús fue Elena, con quien no tuvo prole, pero le ayudó a cuidar sus hijos. Luego, Jesús volvió a tener relaciones con Lupe y engendraron a María Elena. Por su parte, Lupe, con su primer marido, Juan, había tenido antes a Elida e Isabel. La última mujer de Jesús es Dalila, joven de 26 años, con la cual ha tenido una niña. Jesús conoció a Dalila cuando Consuelo se la recomendó para que cuidara los cuatro hijos que Manuel dejó abandonados. El hogar oficial de Jesús está en la colonia El Dorado, urbanización proletaria "construída en la cama salitrosa

y seca de lo que fuera el viejo lago de Texcoco" cerca de ciudad de México. En ese hogar encontramos, además de Jesús, a Lupe, a Consuelo, a María Elena (que tiene 18 años), a Antonia, de 27, casada con Francisco, y sus hijos. Además está allí Avelino, niño de 15 años, que hace los mandados.

La casa de Jesús Sánchez era una de las mejores de la colonia. Tenía dos cuartos y una cocina; además azotea, escalera para subir a ella, lavadero, patio, dos cuartos para animales, gallinero y "un excusado sin terminar". Estaba hecha de cemento.

Jesús siempre fue muy trabajador. Había sido ayudante de cocina, panadero, nevero, "y por último... responsable de las provisiones" de un restorán. "Actualmente... recibía el salario mínimo de once pesos por las ocho horas de trabajo, aunque también obtenía otras ganancias en diversas formas". El sentido de responsabilidad económica de Jesús contrasta con la negligencia de Francisco con Antonia y sus hijos. Jesús los sostiene.

La quinta y última familia es la de David Castro. Es lo que en México llaman una familia Popoff, de "nuevos ricos". Está David y su esposa Isabel, con sus hijos Rolando, el mayor, de 14 años, Manuel, Juan y Lourdes, la más pequeña, de seis años. Tienen tres sirvientas: Juana, la cocinera, a quien acompaña su hija Concepción —una niña—, Eufemia, la lavandera, y Josefina, la recamarera. Viven en Polanco, "sección residencial y aristocrática de la ciudad de México..."

La casa de David no es de las mejores: "Construída en dos pisos de cemento blanco, tenía en la planta baja el comedor y la cocina, así como un medio baño; en la planta superior, tres alcobas y otro cuarto de baño". Sin embargo, David Castro "bien valía algunos millones. Era propietario de un negocio de cemento lo suficientemente importante para anunciarse por radio y televisión. Poseía, además de su hogar en Polanco, dos tiendas, dos casas de apartamentos y una casa de campo en Acapulco". No obstante lo cual, su esposa Isabel se queja constantemente del poco dinero que le da para los gastos. David le escatima el dinero a sus hijos para comprar un árbol de Navidad. David fue una vez muy pobre. Isabel parece haber venido de una familia de recursos muy modestos.

Los ingresos económicos determinan el tipo de vecindad en que se va a vivir. Concebimos la pobreza como aquella situación en que los ingresos no bastan a satisfacer las necesidades básicas. En esta situación se hallan las familias Martínez, Gómez, Gutiérrez y Sánchez. Viven en barrios pobres. Cada barrio es un círculo humano constituido por gentes pobres. La familia Martínez, del pueblo Azteca, aparece como más contenida. No hay en ella entra y sale de vecinos. El rela-

tivo aislamiento de esta familia puede deberse, sin embargo, al hecho de que Pedro es protestante en medio de una comunidad católica. La conciencia de la suerte común que corren los pobres se destaca en las familias Gutiérrez y Gómez: unos a otros se ayudan, hay cooperación y cordialidad, ej. la fiesta de Melín. Pero la tensión que produce la ansiedad económica también engendra antagonismos y hostilidad, ej., la lucha de Rosa con las mujeres del carnicero. La familia Sánchez también se ve contenida. Esto probablemente a causa de que la posición económica de Jesús es superior a la de Guillermo Gutiérrez y de Agustín Gómez y también el sentido de responsabilidad de aquél. Los Castro, que han superado la fase de la pobreza, no exhiben dependencia alguna de la vecindad.

La fuente de ingresos en las familias Martínez, Gómez, Sánchez y Castro son los varones, especialmente los padres, lo cual se ajusta al concepto patriarcal. Excepcional parece ser el caso de Julia Rojas que es el verdadero sostén de la familia Gutiérrez. No puede atribuirse directamente esta desviación a la pobreza. Guillermo Gutiérrez no se casó por amor con Julia; buscaba una mujer que lo mantuviera a él y a sus hijos y la consiguió. Guillermo había sido un hombre trabajador. Sufrió un accidente. Hay indicios de que no anda bien de la cabeza. Guillermo elude totalmente su responsabilidad económica.

El sentimiento más extremado de responsabilidad económica lo posee Jesús Sánchez, quien provee para tres hogares. Pero, por lo mismo, no puede sostener bien a ninguno. Lupe, naturalmente, está resentida por esta situación. Pedro Martínez tiene un sentido más justo de su responsabilidad; no dispersa sus recursos. Dadas sus condiciones, es un buen proveedor. Su pregunta a Esperanza por la noche, resume, con sobriedad, aquel sentido: "¿Tienes dinero para mañana?" En cambio, Agustín Gómez, de los 600 ó 650 pesos que gana como chofer de ómnibus público, sólo da mensualmente a Rosa 180. Guillermo Gutiérrez se desentiende del problema. Se ofrecen muchos casos en que los hombres se gastan lo que ganan en bebidas y mujeres; les dan muy poco a sus esposas o no les dan nada; también las abandonan completamente con sus hijos. David Castro obviamente sostiene su hogar, pese a las lamentaciones de Isabel. Pero despilfarra 2,000 pesos en una noche con sus amigos mientras niega 50 a sus hijos para comprarse un árbol de Navidad.

La posesión de dinero confiere poder. El poder crece en proporción a que el dinero haga falta. De ahí que los maridos en las familias pobres tengan mayor poder de represalia económica. El dinero funciona como una palanca para obtener autoridad, prestigio, atención, favores, etc. La represalia económica emerge como práctica allí donde

ha surgido una tirantez entre los esposos por alguna razón que puede ser: pérdida de interés sexual por uno de los cónyuges, preferencia mostrada hacia uno de los hijos con los celos consiguientes o angustia ante el mismo problema económico. La represalia no está ligada necesariamente a la pobreza pues, como lo demuestra el caso de la familia de David Castro, se ejerce aun cuando aquélla ha sido rebasada. Como veremos más adelante, la represalia económica provoca la represalia sexual o viceversa.

Allí donde el marido es más responsable económicamente posee mayor autoridad como jefe de familia. En orden descendente: Pedro Martínez, Jesús Sánchez, David Castro, Agustín Gómez y Guillermo Gutiérrez (poca o ninguna autoridad). Cuando por alguna causa sufre la vanidad autoritaria masculina o hay pérdida de interés, el sentimiento de responsabilidad va cediendo paso al de represalia. La esposa se venga debilitando la figura de autoridad del padre (Rosa, Julia, Lupe e Isabel) ante los hijos y efectuando una transferencia de afectos a uno de ellos (Rosa con Héctor, Julia con Yolanda, Isabel con Lourdes). El padre puede, a su vez, vengarse apoyando a los hijos contra la madre (David e Isabel, Jesús con Antonia). De modo, que la represalia económica desata una cadena de repercusiones discordantes.

En algunas familias los hijos ayudan económicamente al sostenimiento del hogar. Fermín, Martín y Ricardo trabajan en los campos y entregan el dinero a Pedro Martínez, "Podían esperar de su padre que luego les diera una camisa nueva o un sombrero, o algún monedero". Héctor da dinero y hace regalos a Rosa. Alberto contribuye lo mismo que Agustín Gómez, pero el dinero se lo entrega a su madre. Lola trabaja para auxiliar económicamente a su padre, Guillermo Gutiérrez. Mientras que éste se pasa inventando negocios turbios, Galván, el nieto de Julia, y Herminio, dos niños, son ayudantes de mecánicos. En cambio, los hijos no ayudan a Jesús Sánchez. Al contrario, éste se ve obligado a mantener a sus nietos, los hijos de Manuel. Caso parecido es el de Julia Rojas con los hijos de Guillermo y sus propios hijos, Yolanda y Maclovio.

La contribución económica de las mujeres tiene múltiples variaciones. En primer lugar, los quehaceres domésticos pueden clasificarse como servicios. Las madres y las hijas de las primeras cuatro familias cocinan, friegan, barren, lavan, planchan, atienden a los hombres y a la prole. La más aliviada es Isabel Castro que tiene tres criadas: cocinera, lavandera y recamarera. Isabel cumple funciones de supervisora general. Mientras que los maridos sacan el hombro a la carga de sus responsabilidades, las mujeres de estas cinco familias son fieles a la

imagen tradicional de la esposa. Esperanza sale a vender un guajolote (y fracasa); va en busca de alimentos en casa de Conchita, su hija, o pide un adelanto a don Porfirio, para resolver qué se comerá ese día en casa de Pedro Martínez. Julia Rojas vende toallas para asegurar un ingreso que su esposo, Guillermo Gutiérrez se niega a suministrar. Rosa Hernández de Gómez y Julia demoran lo más posible la hora de la comida, para que los alimentos rindan más. El uniforme de Ester Gómez, que es el único que tiene, se lava y se plancha con extrema frecuencia. Lola posee sólo cinco vestidos a los que hay que estar lavando y planchando. Lupe cuida los animales de Jesús Sánchez: pollos, gallinas y cerdos. Las mujeres de las familias pobres compran los alimentos más baratos posibles y en pequeñas cantidades —de comida en comida. Isabel Castro compra ropa y zapatos costosos pero discute con la lavandera por una caja de FAB.

En el pueblo Azteca, la familia Martínez parece aceptar resignadamente su suerte. En la gran ciudad, sin embargo, con su atmósfera comercial y excitante, se despiertan los deseos de posesión. Mientras que la ropa de los Martínez ha sido hecha en casa, la de los Gómez, Gutiérrez, Sánchez y Castro ha sido comprada afuera. Esperanza va descalza y sus hijos usan huaraches. Los que viven en la ciudad usan zapatos. Macrina Martínez lee tranquilamente la Biblia; Ester Gómez quiere una permanente, medias de seda y hermosos vestidos. Héctor Gómez desea ser como un chico de la clase media de ciudad de México. Ni los más ricos del pueblo indígena tenían electricidad, excusado y agua corriente en su casa. Los Gómez tienen todo esto más un tocadiscos eléctrico. Ester y Juanito van a ver la televisión (pagando). Guillermo Gutiérrez se enorgullece de poseer televisión, tocadiscos y refrigerador. La gran ciudad ofrece el maravilloso sistema de la venta a plazos que permiten a Héctor y a Alberto hacer regalos a Rosa. La adquisición de útiles que estarían normalmente más allá de sus posibilidades económicas, por medio del crédito, funciona también como un mecanismo de compensación ante la miseria. Simbolizan aspiraciones no satisfechas de superación económica. Resaltan la paradoja de que mientras no se remedian exigencias elementales, se incurre en gastos que alguien tal vez calificaría de superfluos.

También el ambiente de la gran ciudad, con sus tensiones, hace vacilar en los pobres el concepto de propiedad privada. Rosa Hernández no ve ninguna razón para que ella tenga que pagar por una cadena de oro que la hija de Eustaquia, la esposa del carnicero, le prestó a Ester y a ésta se le perdió. Cuando acusaron a Juanito de tomar los juguetes de otros niños, Rosa pensó: "Si un muchacho halla un juguete ¿qué razón hay pa llamarlo ladrón?" En cambio, Rosa desconfiaba

de las cerraduras, porque eran "una invitación a los ladrones". Agustín Gómez sabe que en cada autobús va siempre un par de rateros, que cuentan con la protección de la policía. En la vecindad de la Casa Grande hay pandillas de rateros, llamadas "palomillas". Algunos, como "El Gato", logran notoriedad. Guillermo Gutiérrez hace negocios con bicicletas robadas; se roba la luz eléctrica. Hace préstamos, incluso a su mujer, y no los paga. Es amigo de rateros. Recurre a tretas y a trampas para obtener dinero. Julia vende toallas ilegalmente y es perseguida por la policía. Yolanda se lleva la comida de casa de Julia sin pedir permiso. David Castro fue muy pobre y perteneció a una banda de rufianes. Comenzó a prosperar cuando un hermano suyo le facilitó "una gran suma de dinero". Isabel sospechaba "que el hermano de David había robado ese dinero o se lo había ganado jugando, porque antes no tenía un centavo". David no era muy escrupuloso en sus negocios. Hay aquí una semejanza entre Guillermo y David.

### *Relaciones sexuales*

Economía y sexo son dos vertientes fundamentales de la vida familiar.<sup>1</sup> Responden a dos necesidades biológicas: nutrición y reproducción. La familia se proyecta desde la pareja nuclear —hombre y mujer— que se constituye en la unión sexual. Los cónyuges, referidos el uno al otro, renuevan sus votos por medio del sentimiento amoroso, que les asegura perdurabilidad en el tiempo. La supervivencia de los esposos y más tarde, de los hijos da pie a los problemas económicos que, en nuestra sociedad, van en creciente complicación. Economía y sexo se afectan recíprocamente.

De acuerdo con los patrones occidentales, la unión sexual requiere la legitimación religiosa o civil. Esta exigencia la satisficieron Esperanza y Pedro Martínez, y Rosa Hernández y Agustín Gómez, que se casaron por la Iglesia. Conchita, la hija de Pedro, se casó por lo civil con Juan. Julia Rojas se unió, sin beneficio de cura o juez, con Guillermo Gutiérrez. Lo mismo Lupe y Jesús Sánchez. En el caso de David Castro medió una promesa de matrimonio a Isabel, promesa que no se cumplió después que aquélla se entregara. La unión libre o consensual prevalece también en los hijos. Debe observarse que los que se casaron legalmente lo hicieron en el pueblo Azteca donde el juicio de la comunidad es más severo. Tal juicio no se hace sentir en la gran ciudad, cuyo ambiente de anonimato facilita las uniones libres.

<sup>1</sup> "It is in domestic relationships that the reproductive and primary economic needs are met." Robert Redfield, *The Little Community*, Chicago: the University of Chicago Press, 1955 p. 37.

Cuando Pedro se casó, ya había tenido una hija con una mujer casada. Esperanza era virgen. Agustín Gómez "había deshonrado y abandonado a más de una chica" cuando se casó con Rosa. Esta era virgen; Guillermo Gutiérrez tuvo tres hijos con Esmeralda antes de su arreglo con Julia Rojas, doce años mayor que él, y madre ya también de varios hijos. Jesús Sánchez tuvo cuatro hijos en Leonor, su primera esposa, antes de tener dos con Lupe. Su segunda (o tercera) mujer fue Elena, antes de volver a la vida marital con Lupe. Su cuarta, Dalila. Isabel rindió su virginidad a David Castro, bajo promesa de matrimonio. Hay que suponer que ésta no era la primera experiencia sexual de David, ya que se crió entre prostitutas. Todos los varones habían conocido mujer antes de casarse. La norma de la virginidad se respeta en sólo dos casos, que corresponden a matrimonios por la iglesia. Esperanza se casa sin saber nada de relaciones sexuales. Rosa insiste en preservar su virginidad hasta que se celebre la ceremonia en la iglesia.

Los padres celan la virginidad de sus hijas pero se hacen de la vista larga ante los varones. Esta moral de doble filo está muy bien resumida en el dicho que Lupe cita, al hablar de sus amores con Juan antes de unirse a Jesús: "El hombre es de la calle, y la mujer de su casa".

Pedro Martínez y su esposa duermen en la misma cama. Pedro insistió en que el lecho matrimonial fuera trasladado del cuarto, donde dormían sus hijos, a la cocina, para asegurar una esfera privada. Pero Macrina, que tenía 17 años, quiso trasladarse también a la cocina, ya que "no era bueno para un muchacha dormir sola con sus hermanos grandes". Agustín Gómez duerme con su mujer en un catre angosto, "ella hacia la cabecera y él hacia los pies de la cama", disposición que revela la separación sexual entre los esposos. Duermen en el mismo cuarto con sus hijos, que ocupan una cama ancha. Cuando Agustín y Rosa pelean, el marido se traslada al lecho de sus hijos. "Rosa era la única que lamentaba la promiscuidad de los arreglos para dormir". Julia Rojas y su marido duermen en una cama angosta de metal y los tres hijos de Guillermo "en una especie de tapanco". Todos, en el mismo cuarto. Jesús Sánchez duerme en la cama matrimonial; pero Guadalupe en un pequeño catre, en el mismo cuarto con su marido. A veces Jesús no duerme en casa. Con Lupe duermen en alguna ocasión Clotilde, su nieta, o Daniel su sobrino. Consuelo duerme en el mismo cuarto. En el otro, María Elena y Antonia y los hijos de ésta. Isabel duerme con su marido David Castro en la cama matrimonial. "Cuando se llevaban armoniosamente usaban la cama doble; cuando reñían, David enviaba la cama al sótano y la reemplazaba por camas gemelas". El

dormir juntos los esposos puede tomarse como índice de buenas relaciones entre ellos y de cultivo de la vida sexual. Sin embargo, condiciones de extremada pobreza pueden obligar a dormir juntos a cónyuges que no se llevan bien, como Agustín y Rosa, o que han perdido interés sexual, como Guillermo con Julia. En los intentos de Pedro por aislarse y en la condena de la promiscuidad por Rosa hallamos expresión de la moral tradicional que condena el que otras personas —adultos o menores— presencien el acto sexual. Cuenta Rosa que Agustín, en sus tiempos de actividad sexual, alejaba a los niños de la casa.

La mayor parte de la información sobre la vida sexual proviene de las mujeres. Los hombres aparecen como más reservados sobre este asunto. Esperanza habla de sus temores en su noche de bodas con un hombre con quien jamás había hablado. "Como a los dos meses yo ya fui sintiendo gusto, y yo ya fui queriendo a mi marido". Rosa evoca los tiempos de intensa sexualidad de Agustín. Julia está decepcionada con la placidez sexual de Guillermo. Lupe discurre sobre sus amores con Juan y Jesús. Isabel truena contra la querida de David e informa sobre cómo se desquita.

Dadas las tendencias poligénicas de sus esposos, las mujeres atraviesan períodos de celos. Esperanza pasa un mal rato cuando Pedro lleva a la viuda Eulalia a la feria. Agustín, ahora impotente, tuvo relaciones con Alicia dos años antes y engendró un hijo. Rosa estaba convencida de que él había sido hechizado. Rosa penetra furiosamente en casa de Fulgencia, de quien sospecha que es amante de Agustín. Insultó a éste cuando lo sorprendió con una joven en casa de la madre de Agustín. Julia Rojas demuestra sus celos de Esmeralda, la primera mujer de Guillermo, vengándose con Lola, la hija de éste: "Yo no sé cómo le vas'cer cuando te cases. Eres como tu madre. No saben hacer nada. ¡Te voy a fregar aunque tu padre se desquite conmigo!" Lupe Sánchez veía a Dalila, la mujer más joven de Jesús, con "no poca hostilidad". Isabel, como Julia, invade la casa de la querida de David. "Se coló de rondón, llevando un cuchillo que había tomado de su casa; con él tasajeó históricamente cuanto encontró a su paso, muebles y paredes, todo".

Los hombres no conceden mucha atención a los celos de sus mujeres. Pedro Martínez ante las protestas de Esperanza "dijo que era hombre y tenía derecho de hacer lo que le viniera en gana, que siendo ella mujer y tan estúpida, debía soportar cualquier cosa que él le hiciera o le dijera..." Agustín acepta humildemente las reconvenciones de Rosa por su infidelidad. Guillermo no toma a mal las ligeras demostraciones de irrespeto de Julia. Jesús apenas si le habla a Lupe. Cuando Isabel se queja, David amenaza con abandonarla o termina la dis-

cusión dándole un golpe. En cierta ocasión, David administró soberana paliza a su mujer, rompiéndole una clavícula. Cuando Isabel amenazó a la querida con un cuchillo, "David la detuvo y metiéndola en el coche la llevó a la casa". Este patrón de violencia es excepcional dentro del libro.

La insatisfacción sexual de la mujer se manifiesta de varios modos. Rosa habla mal de Agustín; lo califica de "esposo inútil". Ha pensado en tomar un amante. Socava la autoridad del esposo frente a los hijos. Julia ha arrebatado el mando del hogar a Guillermo y así éste lo reconoce. Lupe critica acerbamente a Jesús. Isabel se venga negándole el acceso sexual a David. El hecho de que las mujeres duerman vestidas —Lupe nunca se desviste frente a su marido— facilita la represalia sexual. Como hemos visto, la mezquindad económica del esposo también engendra la represalia sexual. Pero ésta, a su vez, provoca o intensifica la represalia económica del marido.

Todas las mujeres son fieles a sus maridos. Cuando éstos se muestran desleales o pierden interés en ellas, piensan en abandonarlos, pero no lo hacen. Buscan razones para justificar su fidelidad. Casi siempre son "los hijos". Pueden mediar motivaciones económicas también, como ocurre con Isabel Castro. La mujer se adhiere más que el hombre al concepto de familia patriarcal monogámica.

Los padres intervienen en la vida sexual de sus hijos. Cuando Conchita, la hija predilecta de Pedro Martínez, fue seducida, éste "le dio una paliza despiadada". Aunque Pedro aceptó a Juan como esposo de Conchita, la protegía contra los abusos de aquél. Pedro se opone al proyectado matrimonio de Felipe, su hijo mayor, con una señorita de la capital. Condena a los jóvenes de hoy porque arreglan sus casamientos en secreto. Agustín y Rosa le prohíben a Ester que baile con muchachos. Cuando la sorprenden hablando con un chico, la golpean. Rosa se siente obligada a vigilar a Ester. Teme que ésta quede encinta y nunca se case. Esto no impide que Rosa discuta libremente con Ester la exposición sexual de "Medio Litro" y el ataque del patrono de Rosa. Ester tiene un novio clandestinamente. Las madres respectivas de Agustín y Rosa se opusieron al matrimonio de ellas. La madre de Agustín fomenta sus aventuras sexuales con otras muchachas. Agustín y Rosa se oponen a que Alberto se case con Susana. Rosa favorece las relaciones sexuales de Alberto con Aurora, con la esperanza de que lo aparte de Susana. Guillermo Gutiérrez contempla receloso a su hija Lola bailando con Chucho. "Su hija estaba en la edad de las inquietudes y los peligros porque entre los trece y los dieciocho años "la flor está en su plenitud, está en la edad peligrosa, inquieta... y hay que cuidarla". Jesús Sánchez desaprobó la unión libre de Antonia y Fran-

cisco. La madre de Isabel Castro preparó a sus hijas para que se casaran con hombres ricos. "En la casa enseñó a sus hijas las labores domésticas pero lo que mayormente la preocupaba eran sus virginidades". Obligó a una partera a examinar a Isabel mensualmente. El mayor celo de los padres es con las hijas, aunque puede observarse actitudes contradictorias como la ya indicada de Rosa con Ester. Excepto cuando hay proyectos de matrimonio formal para los varones, los padres no intervienen en las actividades sexuales de éstos. Tampoco hay indicios de preocupación porque hermanos y hermanas duerman juntos. Las muchachas cultivan sus amores furtivamente; se huyen temprano con los novios.

Hay una condena del homosexualismo. Héctor Gómez era afeminado. "Tener un hijo afeminado era demasiado para Agustín y difícilmente soportaba su presencia". Pero el antagonismo del padre se debía también a que Héctor era "un despilfarrador de su dinero". Sin embargo, Guillermo Gutiérrez perteneció a una banda de homosexuales "Los Monjes". "Sentía simpatías por esos hombres, aunque no cayó en sus hábitos". Rolando, de 14 años, se está volviendo afeminado. El director de la escuela aconseja que lo lleven a un psiquiatra. David se niega por considerarse "capaz de manejar a sus hijos sin que nadie le diera consejo".

### *El jefe de familia*

Quien más se acerca a la figura autoritaria del padre es Pedro Martínez. Su esposa y sus hijos tienen la mayor dependencia de él, hasta el punto de que sus decisiones pueden sembrar la confusión o restaurar el orden en el hogar. Es quien logra un mayor grado de obediencia. Sin embargo, Conchita le desobedece en el problema de sus relaciones con su esposo, Juan. Toda la familia va a ver a Conchita, a pesar de la prohibición expresa del padre. Jesús Sánchez también tiene mucha autoridad, pero al dispersar sus hogares no consigue la coherencia de Pedro. Consuelo y Antonia, sus hijas, lo tiranizan y lo explotan. Consuelo se atreve a insultar a Dalila. Lupe le obedece formalmente; no hay en ella nada de la adhesión que Esperanza siente por Pedro. Antonia pasó por encima de la voluntad del padre al unirse a Francisco. Sin embargo, por su sentido de responsabilidad económica y por su amor a sus hijos, Jesús es reverenciado y respetado. David Castro retiene la autoridad formal del padre, principalmente en virtud de su poder económico. A Isabel le impone brutalmente su autoridad por medio de la violencia y la represalia económica. Los hijos no se atreven a contestarle a David pero hablan mal de él a sus es-

paldas (con la complicidad de la madre). Rosa Hernández no se levanta a hacerle café a su marido. Apoya francamente a Héctor contra su padre. Héctor y Alberto desafían abiertamente a Agustín. Sin embargo, en cierta ocasión, cuando Héctor expresa su odio a Agustín, Rosa piensa que en Azteca "si un hijo se atreviera a hablar así, su padre no haría otra cosa sino matarlo". Agustín retiene cierta autoridad sobre Ester y Juanito, sus hijos más pequeños. Rosa lo atiende solamente cuando éste le da o le promete dinero. Guillermo Gutiérrez no tiene absolutamente ninguna autoridad; ésta ha pasado a Julia. Así lo reconoce: "Yo perdí el mando, porque ella no más con que me diga 'me voy a vender', yo con eso qué le puedo decir. Pos se va. Y es que yo tuve la culpa desde un principio, porque si no la hubiera dejado salir a vender, yo seguiría mandando. Pero con eso de que ya va a vender, pues ya no me hace caso". El modelo de la familia patriarcal, cuya figura central es el padre, sufre averías en el tránsito de la comunidad agrícola a la gran ciudad. Para retener su papel, el jefe de familia necesita entonces cumplir con sus obligaciones sexuales hacia su mujer y con sus responsabilidades económicas.

### *La ama de casa*

Correlativamente, a medida que el jefe de familia pierde interés sexual en su esposa y abandona sus deberes, la mujer tiende a sustituirlo. En Esperanza Martínez tenemos un modelo de la esposa dedicada a los quehaceres domésticos y a atender a los varones. Su rol es secundario pero muy importante en la familia patriarcal. No hay duda de que tiene gran autoridad sobre las hijas. La reverencia con que la recibe Conchita es un ejemplo. Lupe Sánchez también cumple con sus obligaciones como señora de la casa. No reta la autoridad de Jesús pero está resentida de la separación sexual y protesta de sus infidelidades. Como Esperanza, ejerce autoridad sobre sus hijas, con las que sostiene relaciones cordiales. Isabel Castro desempeña su papel de ama de casa, pero sin muchos sacrificios. No estaría dispuesta a atender ella sola el hogar. Soporta la tiranía de David a cambio de seguridad económica. Su marido no la respeta ni tampoco sus hijos. "¡Son mis enemigos!" dice en cierta ocasión. Rosa Hernández trabaja mucho en los oficios de la casa, según la imagen tradicional, pero ha usurpado la autoridad de Agustín. "Dominaba a toda la familia..." Hace comentarios despectivos sobre su esposo. Amenaza con irse a trabajar. Se alía con los hijos mayores contra el marido. En su hostilidad hacia Agustín hay algo del reproche a quien ha frustrado sus expectativas. Pero Julia Rojas ha asumido el papel completo del va-

rón en cuanto a sostenimiento del hogar y a autoridad. Todos dependen de ella, incluso Guillermo y sus hijos. Los papeles parecen haberse trastocado.

### *Los hijos*

La idea tradicional de que los hijos deben obedecer a los padres está mejor ilustrada en la familia Martínez. Felipe, el mayor, sólo a los 23 años se atreve a dejar de pedir permiso para salir. En esta familia del pueblo Azteca, con su aire patriarcal, se advierten actitudes de reverencia hacia los progenitores. Moisés y Germán besan la mano de Pedro. Los hijos de Conchita besan la mano de su abuela.

En las otras familias pobres, los niños menores, suelen obedecer a los adultos (padres y hermanos mayores), tal vez por ese sentimiento de inseguridad ante el mundo que tienen los niños. En las familias Gómez y Gutiérrez, la autoridad más importante es la madre. En cuanto a prácticas de obediencia, la familia Sánchez se parece un poco a los Martínez. Los hermanos mayores se hacen obedecer de los más pequeños y, cuando tienen hijos, de éstos. Sin embargo, hay casos de desobediencia, sobre todo, con respecto al padre. En la familia Castro, los hijos, varones apenas si obedecen a Isabel y David.

Como ya se ha indicado, en las cuatro primeras familias, los hijos varones trabajan fuera del hogar o buscan dinero para ayudar a su sostenimiento. Lola Gutiérrez también trabaja fuera. Macrina, Ester, María y Catalina trabajan en la casa. Los niños menores —Moisés, Juanita, María— hacen mandados.

Cordialidad y afecto pueden notarse en todas las familias, pero en medidas desiguales. No hay duda de que existe una corriente afectuosa entre los Martínez, que no se manifiesta cuando Pedro está de mal humor. Incluso Pedro, cuando se halla satisfecho, elogia a Macrina. Héctor y Alberto Gómez expresan su cariño a Rosa Hernández; Juanito hace cosa similar con Agustín. Ester juega con Juanito. Héctor es afectuoso hacia éste. Lola, la hija de Guillermo Gutiérrez, siente simpatía hacia Julia, su madrastra. Esta se muestra generosa hacia los hijos de Guillermo y amante de sus propios hijos. La fiesta del cumpleaños de Melín subraya la atmósfera de cordialidad. María y Guillermo obviamente se llevan bien. Lo mismo puede decirse de Lupe Sánchez y sus hijos. María Elena, Antonia y Marta Sánchez evidentemente disfrutaban sus charlas y comentarios. En la familia Castro no es mucha la cordialidad. Hay un vínculo intenso entre Lourdes, la hija pequeña, e Isabel, reforzado por la amenaza que significan los varones. Lourdes anda siempre agarrada fuertemente de la mano o de la falda

de Isabel, buscando protección. Los hijos de David juegan entre sí, aunque esos juegos exhiben una peligrosa tendencia a degenerar en batallas campales. En cierta ocasión, Rolando pide perdón a su madre, sugiriendo así que se concibe como su protector frente a David.

Casi todos los padres tienen hijos favoritos. Conchita fue la hija predilecta de Pedro Martínez hasta que se dejó seducir. Es obvio que ahora Pedro prefiere a Macrina. El favorito de Esperanza es Martín. Héctor Gómez, lo es de Rosa. Consuelo lo fue de Jesús Sánchez, hasta que se escapó con Mario a Monterrey. Sin embargo, por lo mucho que ha sufrido, Jesús le manifiesta gran cariño. Pero Antonia, quien padeció terrible enfermedad, es la favorita de Jesús. Esta lo tiraniza. Lourdes es la preferida tanto de David como de Isabel.

Puede destacarse que los padres favorecen a las hijas y las madres a los hijos. Se insinúa un desplazamiento de raíz sexual. Cuando Agustín prohíbe la entrada al hogar a Héctor, Rosa dice que éste tiene derecho a venir porque no es su querido sino su hijo. La violenta reacción de Pedro cuando seducen a Conchita; su hostilidad hacia el marido de ésta; el disgusto de Jesús Sánchez con la huida de Consuelo; los ataques de ésta a Dalila; la tirantez entre Consuelo y Antonia; el desagrado de Jesús con el esposo de Antonia; todo esto parece confirmar que ha habido una transferencia de intereses sexuales. La imagen de la madre parece atraer fuertemente a los varones. Guillermo Gutiérrez se ha casado con una mujer que le lleva doce años de edad. Susana es unos años mayor que Alberto Gómez. La querida de David Castro es "maternal". El caso de Antonia apunta una fijación en el padre. "Su amor por él llegaba a la pasión". Cuando niña iba con Lupe a verlo pasar. Dice Antonia: "Nosotras estábamos escondidas, que no nos viera él. Ni yo misma me explico cómo fue naciendo el cariño tan grande siendo que no lo tenía yo a mi lado". De niña, cuando se acordaba de él no podía comer. Luego de sufrir una grave enfermedad, probablemente de carácter epiléptico, a los diecinueve años, se acentuó aún más su inclinación hacia el padre. "Durante mucho tiempo Antonia consideró una obligación todo lo que su padre hizo por ella. Si él no satisfacía sus caprichos, se enojaba y le gritaba". Provocó los celos de sus hermanas, sobre todo, de Consuelo.

Consuelo está violentamente celosa de Antonia; compite con ella por los favores del padre. Su agresividad con Dalila puede explicarse, en parte, como una reacción para castigar a Jesús porque ya no es la favorita de éste. Alberto Gómez se puso "chípil" (celoso) cuando lo destetaron porque Héctor venía. "Según creencia popular, todo niño amamantado sufría cuando la madre volvía a concebir". Marta, la hermana de Antonia, cree que Julio está chípil porque su madre se

halla encinta. Las agresiones de Rolando Castro a Lourdes tal vez se expliquen en términos de celos por ser aquélla la preferida de sus padres.

En las familias pobres, la hostilidad mayor se siente hacia el padre y es como si se intensificara bajo las presiones de la vida en la gran ciudad. En el pueblo Azteca, Felipe Martínez, el mayor, hace dos semanas que no le dirige la palabra a Pedro, por mor de su oposición al matrimonio con la señorita de la ciudad. Héctor Gómez odia a su padre y así lo declara abiertamente. Se ha cambiado el apellido; se hace llamar Héctor Hernández. Alberto no puede ver a Agustín. A Yolanda no le cae bien su padrastro Guillermo Gutiérrez. Consuelo agrade verbalmente a Jesús Sánchez por causa de Dalila. David Castro insultaba a su madre.

Las tensiones entre hermanos en las cuatro primeras familias nunca llegan a una violencia terrible. Ester y Juanito "pelean", pero el asunto no pasa a mayores. Lo mismo María y Herminio Gutiérrez. Lola y Herminio discuten. Consuelo y Antonia no se atacan físicamente. Pero en la familia Castro reinan la discordia y la ira. Rolando, Juan y Manuel se injurian; se ponen motes; se atacan a puñetazos y puntapiés. Rolando, el mayor, da de patadas a Lourdes y pega a sus otros dos hermanos. Los varones golpean a las sirvientas, además de insultarlas. Según Isabel, "eran irrespetuosos, de malas maneras y hasta crueles, no sólo entre sí, sino con su madre y con su hermana y especialmente con los sirvientes. En la escuela eran malos estudiantes y tenían problemas de conducta". Con relación a esto, es preciso recordar la brutalidad de David Castro, el padre, quien en su juventud había pertenecido a una banda de rufianes y luego rompió una clavícula a su esposa. Cuando Rolando, el hijo mayor, sorprendió a David con su amante en Acapulco, este golpeó bárbaramente al hijo. La violencia del padre parece reproducirse en los hijos. Isabel también es capaz de gran violencia como lo demuestra su incursión a la casa de la querida de David. La agresividad en los niños sugiere la existencia de aspiraciones de afecto insatisfechas, de conflictos de tipo neurótico, de sentimientos de extremada soledad interior. Quizás todo esto tenga algo que ver con el hecho de que esta familia ha abandonado los valores tradicionales que integraban al grupo, como podemos verlos en los Martínez, sin encontrar en los valores norteamericanos que ha adoptado los elementos que puedan conferirle estabilidad y coherencia.

### *Religión*

Creencias en brujos, aparecidos, hechizos, espiritismo, catolicismo y protestantismo coexisten en diversos niveles. En el viejo pueblo Az-

teca, lo indígena y lo adventicio se unen sincréticamente: "Al sitio de la casa aún le llamaban con su nombre náhuatl prehispánico, Tlatlapancan, o "lugar donde todo se ha roto"; la leyenda local actual explica cómo el dios del pueblo, diciéndose hijo de la Virgen María, rompió sus juguetes de barro en este lugar".

La familia Martínez cree en espíritus malignos. "Los aires, como todo el mundo sabía, podían ser como el viento, como espíritus, o como gente maligna que ocasiona llagas, granos, parálisis y otras enfermedades". A veces hay que conjurarlos en náhuatl. Rosa Hernández estaba convencida de que la impotencia sexual de su marido se debía a que otra mujer lo había hechizado. Recordaba que en Azteca "una prima... tenía un esposo que se volvió impotente y ella lo llevó con un curandero para que lo tratara por medio de la brujería". El curandero lo sanó. Cuando Rosa estaba encinta de Alberto vio un arcoiris y se llenó de terror pues ese es un mal presagio para la mujer embarazada. Agustín vio una mujer vestida de blanco cerca de los baños y esto se debió a ir pensando "malos pensamientos". Cuando Salvador su sobrino, estuvo en la casa, por la noche se oían "ruidos inexplicables". El primero de noviembre es el Día de los Muertos chicos y Rosa preparaba una comida especial para el alma de Conchita, su hija muerta. En el acto de hacer la ofrenda de alimentos, flores y velas Rosa está sola. Sus hijos no la acompañan y se burlan de su creencia.

La madre de Guillermo Gutiérrez cayó paralítica y fue llevada a casa de un curandero indio, donde sanó. "El curandero dijo que había sido embrujada por un vecino envidioso". Guillermo creía que la botella de agua que Esmeralda le dio había embrujado al gerente de la fábrica en su favor, y que ella lo embrujó para casarse con él. En casa de los Sánchez, todas las mujeres menos Consuelo "creían en fantasmas y aparecidos". "Uno debe maldecir a las ánimas buenas y rezar a las malas para que no lo anden cazando". Isabel Castro, al igual que Rosa Hernández, cree que su marido ha sido hechizado. "La verdad es que a veces uno tiene que creer en brujerías cuando ve las idioteces que algunos hombres cometen".

Junto a estas creencias animistas, probablemente ligadas al mundo mágico primitivo de las épocas precortesianas, aparece el catolicismo importado por los españoles. El pueblo Azteca es una comunidad católica que rechaza el protestantismo de Pedro Martínez. En la casa de éste se ven estampas religiosas por las paredes. Pedro y Esperanza se casaron en la iglesia y Angel fue el último hijo que bautizaron en ella. Pedro atraviesa un período protestante pero luego va regresando a su antigua fe. "Esperanza, que creía en una vaga mixtura de con-

ceptos católicos y paganos, nunca se vio muy comprometida con la religión cristiana”.

Dos santos patronos guardan la Casa Grande donde viven los Gómez: la Virgen de Guadalupe y la de Zapopan. Agustín tiene un altar donde se ven imágenes religiosas, entre ellas un cuadro de la Virgen de Guadalupe, pero Rosa “tenía la tendencia de ser descuidada en lo relativo al culto religioso”. Agustín critica a Rosa su falta de piedad, aunque ésta era devota del Sagrado Corazón. Agustín rezaba ante las imágenes. Cuando Agustín sufrió las quemaduras, Rosa hizo un viaje especial “hasta Nuestra Señora de Ixcatepec, patrona muy venerada por la gente de Azteca”. Juanito, el menor, estudiaba catecismo, y demostraba gran respeto al sacerdote. Aurelia acusaba a Rosa de ser hereje porque no iba a misa ni se confesaba, pero Rosa la llamó hipócrita y ratón de Iglesia.

En casa de Guillermo Gutiérrez, al igual que en la de Pedro y Agustín, vemos estampas religiosas. “Las dos más grandes, las únicas con marcos y cristales, eran de la Virgen de Guadalupe y de San Martín Caballero, el Santo Patrón de los comerciantes”. Aunque Guillermo y Julia practicaban también el espiritismo, el primero tenía “visiones de santos caminando por las paredes”. Además, era adivino. María Elena es la chica más religiosa de los Sánchez. Es muy activa en los asuntos de la iglesia; el día que la conocemos le tocaba vestir al Niño Dios. Lo envolvió en papel de China pero le rompió un dedo. “Ahora lo tengo que tratar con mucho cuidado porque si se vuelve a caer me vuelve a costar otros cinco pesos, y yo creo Elida ya no me los vuelve a dar”. Jesús Sánchez criticaba a su hija su asiduidad en la iglesia; él se consideraba un buen católico pero raras veces iba al templo. Cuando Isabel Castro se dejó seducir por David, “al principio tuvo preocupaciones pensando que vivía en pecado y dejó de ir a confesarse”. Rezaba todas las mañanas y por las noches para acallar su conciencia. “Había resuelto educar a sus hijos religiosamente dentro de la fe católica”. David, que no tenía preocupaciones piadosas, iba a la Villa “cada mes para pedir ayuda a la Virgen de Guadalupe, ya que creía que de otro modo no prosperaría”.

El catolicismo es la religión institucional; la socialmente consagrada. A ella se adhieren formalmente todos. Como los casos de Juanito y María Elena indican, hay posibilidades de auténtica piedad. Pero bajo la caparazón católica se filtran otras creencias. Lo supersticioso no desaparece enteramente. David Castro, como buen comerciante, quiere tener a las potencias sobrenaturales en su favor. Cuando surge un conflicto, como el de Isabel, se hacen componendas.

Hay dos ejemplos de desviación de lo oficial. El predominio tra-

dicional de la Iglesia Católica en México dio históricamente lugar al anticlericalismo, como reacción. Pedro Martínez, revolucionario zapatista, fue anticlerical. De ahí derivó hacia el protestantismo. Su tío Agustín, católico devoto, lo reprendió. Pedro lo retó a un debate, que tuvo lugar un año después. Pedro estudió muchísimo la Biblia y otros libros y derrotó a su tío en la discusión. Su conversión al protestantismo costó a Pedro la enemistad de la comunidad. En una ocasión fue apedreado; sus niños fueron perseguidos. A pesar de que Pedro defendió con ahínco sus nuevas creencias religiosas, tuvo que pasar por la decepción de ver que el ministro protestante que lo convirtió trató de seducir a Conchita. En México fue humillado por un pastor protestante. Poco a poco, Pedro se fue alejando de la Iglesia Adventista. Terminó por ser aceptado de nuevo por la comunidad católica. "Tanto su fe protestante como su alta moralidad le habían ganado por parte de los vecinos más respeto que nunca".

La fuerte reacción de las gentes del pueblo Azteca al protestantismo puede deberse, quizás, al hecho de que éste se presenta en forma definida, como religión institucionalizada, capaz de competir con la Iglesia Católica. Aparece también como un culto extranjero, sin raíz histórica en la cultura nacional. Pedro es persona de excepción en Azteca; el hecho de que termine por ser respetado demuestra que las gentes de su pueblo no se dejan caer en la rigidez del fanatismo.

El otro ejemplo de desviación lo da el espiritismo. Inés, la hermana de Julia Rojas, y su esposo, Alfredo, tienen un centro espiritista en su casa, que se llama el Templo de la Luz. "Era una combinación de creencias católicas, evangelistas y populares que había sido denunciado por los sacerdotes. Guillermo Gutiérrez tenía una teoría para reconciliar ambas religiones: "Las dos religiones son espirituales. La Luz es un templo como de una especie de no buscar males, sino siempre el bien. Allí hay de todo lo de la Iglesia católica, la única diferencia es que una es en español y l'otra en latín". Inés era médium famosa. Según Julia, "ella es guía, es el contacto... entre'l misterio y los creyentes". Julia era sólo "hermana" pero no cabía duda que llegaría a ser una médium como Inés. Guillermo había dejado de ir al templo porque "cada vez que voy, presiento así, ¿no?, como que me agarra un ser por dentro". Otras veces sentía que su espíritu era tan fuerte que podía ocasionar la muerte de un niño.

No se registra, pues, una fuerte reacción contra el espiritismo, como sucedió con los protestantes. Al contrario, Inés cuenta con "gran cantidad de seguidores". Esto puede deberse al medio más tolerante de la gran ciudad. El espiritismo incluye dentro de sí símbolos del culto católico. En el Templo de la Luz se honra al Sagrado Corazón.

Además, hay mayor continuidad entre las creencias animistas, que vienen del mundo indígena, y el espiritismo, que entre aquéllas y el protestantismo.

### *Educación*

Esperanza Martínez era analfabeta. Pedro, como sabemos, leía. Rosa Hernández estudió hasta el cuarto grado. Julia Rojas tuvo un año de escuela. Guillermo estuvo por lo menos tres años en primaria. Jesús Sánchez leía y sacaba cuentas. David Castro fue a la primaria y se crió entre prostitutas y criminales. Isabel cursó hasta el tercer año de primaria.

La mayoría de los padres desean la educación de sus hijos. Conchita Martínez llegó a ser maestra. Pedro sueña en educar a Moisés. Ester Gómez está en sexto año y Rosa quiere que siga una educación comercial. Lola Gutiérrez está en tercer año de primaria, pero Herminio, el hijo menor de Guillermo, y Galván, el nieto de Julia, no van a la escuela. Estos padres son excepcionales en no querer enviar a sus hijos a la escuela. David e Isabel Castro envían a sus hijos a escuelas particulares.

En cuanto a materiales de lectura, en casa de Pedro Martínez encontramos: "cancioneros, revistas cómicas, el *Paquín* y el *Chamaco*, y tres novelas forradas con papel de estraza que los muchachos grandes habían leído y releído". Además, seis Biblias. Macrina lee la Biblia, al igual que Pedro. Rosa Hernández lee el periódico, del que lo más que le interesa son las historias de crímenes. Guillermo Gutiérrez lee la revista rusa URSS. Jesús Sánchez lee *Últimas Noticias* y la revista *Life*. Consuelo y Antonia se interesan por las revistas de aventuras. María Elena lee el periódico y comenta las noticias de la insurrección de Hungría. En casa de David Castro hallamos "sólo algunas revistas muy comunes y ciertos números de *Selecciones del Reader's Digest...*" Isabel tomaba prestadas novelas. Por la noche, antes de acostarse, lee *El Egipto*, probablemente la novela de Mika Waltari. El cuadro es de escasez de libros y revistas buenas. La lectura de la Biblia en casa de Pedro Martínez responde a los intereses religiosos de éste. El resto se reduce, en las familias pobres, a asomarse a los periódicos y a revistas de inferior calidad. Las simpatías americanizantes de Jesús Sánchez tal vez puedan atribuirse a la lectura de *Life*. Mientras Isabel Castro gasta mucho dinero en ropa costosa, su interés en la lectura no es lo suficientemente vigoroso para que ella invierta dinero en libros.

*Valores nuevos*

Con la frase "valores nuevos" quiero decir aquellas cosas que se aprecian, que no pertenecen a la cultura tradicional ni se desarrollan dentro de ésta, que vienen del exterior. Por ejemplo, el protestantismo funciona como un valor nuevo en el pueblo Azteca, a pesar de que en sí mismo es un movimiento centenario. El valor nuevo provoca cambios en el ambiente al que llega. Así, la lucha de Pedro con los católicos de Azteca, los llevó a aceptar por lo menos la posibilidad de que se podía ser íntegro, moral y responsable sin participar del culto oficial.

La ciudad es la fuente más importante de nuevos valores. Muchos de estos constituyen progresos técnicos. La casa de Agustín Gómez cuenta con excusado, lavadero, agua, luz eléctrica y tocadiscos, facilidades con que no podían soñar los ricos del pueblo indígena. A Rosa le parecía indecente que el excusado estuviera tan cerca de la cocina y aunque trató de controlar su uso, fracasó. Sin embargo, se sentían orgullosos de poseer uno. Rosa quería tener una televisión porque había observado que en los hogares en que la había los maridos se quedaban más tiempo en la casa. La televisión trajo consecuencias: "La hija de un vecino quería ser bailarina de ballet después que vio a un grupo de bailarinas en la televisión". El tocadiscos también trajo cambios. Los chicos y chicas se quedaban bailando ¡hasta la una o dos de la mañana!, cosa nunca soñada antes. Héctor decididamente había adoptado los ideales de la clase media rica. "Solamente iba a cines de primera clase, y le gustaba tomar chocolate y churros en restaurantes de primera categoría del Paseo de la Reforma". Ester deseaba llegar a ser secretaria taquígrafa.

Guillermo Gutiérrez se ufanaba de poseer tocadiscos, televisión y refrigerador. Sus vecinos criticaron el que comprara la gran consola con radio, tocadiscos y pantalla de televisión, pero él sabía que las censuras eran obra de la envidia. Una señora dijo que hubiera sido preferible que se comprara una lavadora; otra que mejor era tener una sala con sillones (obviamente, una conservadora); otro sostuvo que "mejor me compraría un terreno". A Guillermo también le gustaba ir al cine porque le daba "nuevas ideas" para sus negocios.

Jesús Sánchez condena las aspiraciones de Consuelo de convertirse en una señorita de la clase media: "Conforme en que hayas estudiado tres o cuatro años; eso no quiere decir que te sientas ya gente de sociedad. Mírate en el espejo primero y dime a qué clase correspondes. Yo fui siempre humilde y siempre lo seré; yo no recibo bofetones de nadie". En cambio, reclama preparación y cultura para el pueblo mexicano. Está seguro de que "tanta libertad y tanta cosa

perjudica a la gente". Los gobernantes desconocen la vida de la gente humilde. Lo que México necesita es un presidente norteamericano. "Entonces veríamos como cambiaba México y progresaba".

David Castro probablemente estaría de acuerdo con esta última idea de Jesús. En su casa, los valores tradicionales de México, o si se quiere, de la cultura de la pobreza, han desaparecido casi por completo. Su casa cuenta con todos los adelantos de la industria eléctrica moderna. Eufemia, la lavandera, no debería quejarse. "En la azotea, el gran lavadero de cemento y su tallador con agua corriente eran impresionantes". Sin embargo, Eufemia hubiera sido más feliz lavando en el río de su pueblo junto a otras mujeres que charlaban y bromeaban. En casa de David "había más adelanto y mayor soledad". Los Castro se han norteamericanizado. Santa Claus y el árbol de Navidad son importantes para ellos. Son como el polo opuesto a la cultura del pueblo Azteca.

Si tomamos como punto de partida a la familia patriarcal histórica, parece que los valores nuevos que se van introduciendo en la sociedad mexicana suscitan disrupciones, tiranteces, conflictos y ajustes en ella. El choque entre Pedro Martínez y las gentes de Azteca por causa de su protestantismo; las desconfianzas y recelos, así como la aceptación de Rosa Hernández; el orgullo de Guillermo Gutiérrez, las contradicciones de Jesús Sánchez; todo esto es índice de perturbaciones y transformaciones. Héctor Gómez, Ester, Guillermo y Consuelo son pioneros en el movimiento hacia la clase media. Estas familias pasan por el difícil período de transición. Por otro lado, la situación en la familia de David Castro revela los peligros del desarraigo, de la enajenación. Si es verdad que los progresos técnicos facilitan el duro trabajo de la existencia cotidiana, no parecen contribuir a una mayor felicidad humana. De hecho, la más desdichada de las cinco familias es la que ha superado el nivel de la pobreza y ha entrado en el pleno disfrute del avance tecnológico contemporáneo.

### *Comentario final*

El libro de Oscar Lewis cumple los propósitos que él se fijó. No provee, sin embargo, suficiente evidencia de que exista una "cultura de la pobreza". En el mejor de los casos, habría que ver otros libros en que se estudie la vida de las clases pobres en distintos países. Tal vez entonces podrían abstraerse rasgos comunes para construir el concepto de "cultura de la pobreza".

Lo más valioso es que el lector vive con cada una de estas familias un breve pedazo de su existencia. Oscar Lewis ha logrado trasla-

darnos al interior de las casas y hacernos participar de los dolores, las esperanzas y las frustraciones de estos seres humanos en sus luchas cotidianas. Acompañamos a Esperanza Martínez en sus andanzas económicas por Azteca. Nos conmovemos ante el homenaje que rinde Rosa Hernández a su hija muerta, Conchita. Nos sonreímos ante la socarronería de Guillermo Gutiérrez. Vemos entrar, grave y serio, a Jesús Sánchez a su hogar y nos compadecemos del sufrimiento de Lupe ante el silencio de su esposo. Protestamos íntimamente de las violencias que ocurren en casa de los Castro. Admiramos la resignación de Esperanza, la combatividad de Rosa, la determinación de Julia, el espíritu de sacrificio de Lupe. Comprobamos jubilosos la manera cómo las mujeres se van emancipando de la tiranía de los varones. Según se plantean las crisis, entrevemos la posibilidad de que hombre y mujer un día colaboren armoniosamente —en planos de igualdad y mutuo reconocimiento para forjar hogares dichosos.

El libro abunda en detalles interesantísimos, que no hemos podido comentar. Deliberadamente hemos eludido conjeturas arriesgadas. El material humano es delicado y hay que estudiarlo con suma precaución. Para entender adecuadamente a estos hombres y mujeres hubiera sido preciso penetrar en su subsuelo anímico y no tenemos suficiente información para ello. Con todo, *Antropología de la pobreza* es una mina. Representa un intento de abarcar la totalidad de la vida humana en determinado momento. Ensayo parecido realizó Ricardo Pozas A. en *Juan Pérez Jolote* (biografía de un tzotzil). Ya con calidades más literarias, Francisco Rojas González en *El diosero* ejecutó tareas de comprensión de la vida del indio. Libros como éstos despejan nuevas vías de exploración para la antropología. Esperamos sus secuelas para ir descubriendo hasta qué horizontes hemos adelantado.